

BALANCE DE LA MISION PEDAGOGICA

En tres notas, hemos narrado, en rasgos generales, lo que fué nuestra experiencia en la misión pedagógica que realizamos en Caraguatá, 8ª Sección del Dpto. de Tacuarembó.

Hemos dicho lo que vimos, sin tiradas literarias y sin recursos de periodista de media caña. Si algún mérito hemos tenido ha sido el de parecernos a una máquina fotográfica: nos llevaron, vimos objetivamente, y tratamos de reproducir lo visto. Como no tenemos que rendir pleitesía a intereses materiales, ni a presunciones literarias, ni siquiera a exigencias de espacio que pudiera imponernos la Administración, no hemos tenido necesidad alguna de violentar o comprimir nuestro modo corriente de decir las cosas. Como la Reina de "Los Tres Mosqueteros", dijimos la verdad porque, entre otras cosas, no nos ha hecho falta mentir. Lo que, como se ve, no constituye ningún mérito de excepción.

Esto lo aclaramos una vez más para dar una respuesta general a esa pregunta que a cada rato se nos hace:

—¿Pero es cierta tal cosa? ¿Pero estás seguro de que no se te fué la mano al decir tal otra?

Y lo aclaramos porque nos duele, —íntimamente nos duele— que gentes amigas, que han tenido confianza en nuestra palabra, ahora duden porque una realidad muy gruesa se les ponga por delante. Nosotros no tenemos la culpa de que la realidad sea esa. Huir de lo que decimos es huir de la realidad; es, en muchos aspectos, taparse los ojos para no ver.

Y al fin y al cabo a los que no quieren creer, les reconocemos el beneficio de la comodidad que nace de tal actitud. Saber que hay tanta miseria incomoda y desasosiega la conciencia. Ignorar es más cómodo. Y la defensa del que ya no ignora, por haberlo leído, está en la incredulidad.

Pero para esa incredulidad somos impotentes, ¿qué vamos a hacerle?

VEAMOS hoy, en síntesis, los resultados de aquella expedición. Ya no es pintura de hechos. Es, en buena parte, análisis o comentario de los mismos. Aquí sí, el lector puede decir: "Tienen razón", o "No la tienen". Porque es nuestra personal manera de ver el problema.

Se nos criticó desde el primer día que hablaríamos de Caraguatá como si este dramático privilegio fuera sólo exclusivo de aquel lugar. No contestamos a la crítica porque desde el primer día nos hicimos el propósito de narrar lo visto primero. Y como lo que habíamos visto era aquello, es fácil comprender las razones de por qué no contestamos entonces.

Hoy lo hacemos para decirles que tienen razón. Que no es sólo en Caraguatá. Es en Tiatucurá en Paysandú, en Matajojo en Salto; en Yacaré en Arriagán; en Polanco en Durazno; en las Chilcas en Florida; en Pintos en Flores; y en —desgraciadamente— centenares de lugares de todos los departamentos del país.

Más de una vez hemos dicho que los rancheros se cuentan por centenares y sus habitantes por decenas de millares. Y en muchos lados la vida no será mejor que en Caraguatá. Hay lugares donde las uniones consanguíneas son más comunes que allí; además allí no vimos sarnosos —que hemos visto en otras partes— ni tracomatosos, que también los hay; ni son TODOS sífilíticos, como ha ocurrido en otros lugares. Pero eso no impide que veamos y denunciemos en toda su magnitud la miseria que vimos de tan de cerca.

Lo más grave de los rancheros no es su número, sino su crecimiento. Las causas que los generaron continúan actuando y la multiplicación de los hijos —donde la proliferación es la de los buenos tiempos del crecud y multiplicados— acelera el proceso. Hace 30 años se calculaba en 35 mil el número de habitantes de los rancheros; ahora se calcula en más de 120 mil, es decir, EN 30 AÑOS SE HA CUADRUPPLICADO. Y en esos treinta años de gobiernos colegialistas y presidencialistas; de gobierno de paz y de guerra; de gobiernos democráticos y dictatoriales; de gobiernos de partido o de coalición. NADIE HA HECHO NADA POR SOLUCIONAR EL PROBLEMA. NADIE HACE AHORA NADA POR ESAS GENTES.

Esa es la verdad; lo demás son palabras y palabras huecas.

LO QUE SE DISCUTE

Se discute en torno a la Reforma Agraria; en torno a la creación de un Banco Agrícola; en torno a la Colonización y a la empuerquia. Hace años se

viene discutiendo. Por lo visto, se seguirá años, aún, discutiendo. Pero a aquellas gentes, de todo este palabrerío en torno a lugares comunes de todos los discursos, conferencias, folletos y planes dichos y publicados, no les llega nada, ni les importa nada. Saben que son palabras y que a las palabras se las lleva el viento.

Aquí vivimos en un mundo de me rengue; batimos y rebatimos claras de huevo y azúcar. Cuando hemos llegado a soluciones, —ellas son espuma. Y como espuma que son, sirven sólo de adorno, o se pierden en la nada.

Con los rancheros, con la reforma agraria, con los desalojos rurales, con los créditos agrícolas ha pasado y pasará lo mismo. Todavía estamos en la etapa de la psitacosis; hablamos de un problema y lo damos por resuelto. Pero en los hechos, en lo concreto: NO HACEMOS NADA.

EL MERITO DE LA MISION

El mérito de la misión pedagógica está en su condición de cosa práctica. Los muchachos no discutieron, ni escribieron; fueron a trabajar y a ver. Los resultados, pocos o muchos, buenos o malos, fueron fruto de una experiencia vivida. Para lograrlos pasaron frío, caminaron leguas, supieron lo que era la mugre en su propia piel.

Y esto es lo que tiene valor y lo que no comprenden los zonzos (¿con qué zeta se escribe zongo?) que hacen apreciaciones filosóficas o críticas sutiles en torno a lo que fué la misión.

Mérito de la misión fué renunciar al lenguaje académico, al cuello duro, a la compostura proceral, en nombre de un acto de solidaridad humana. Mérito fué la validez de las cosas que en ella los muchachos aprendieron y que seguramente les habrán sacado muchas teorías de la cabeza y muchas presunciones de la imaginación. Por eso, allí tenía tanto mérito la que lloraba dos horas bajo el humo, haciendo una polenta para los chicos, como la que alegraba la reunión con el recitado de una fina composición poética.

Eso es difícil de comprender en este mundo convencional, en que la "Misión Pedagógica" es un punto de programa de estudios, con bibliografía y todo para informarse. Pero allí era muy fácil de comprender y mucho más fácil aún actuar con eficacia en ella.

Esto lo decimos porque hemos leído y oído comentarios y críticas, no sólo sobre la misión, sino también sobre los problemas rurales y agrarios que por ella se actualizaron. Y causa gracia el planteamiento doctoral que se hace de los mismos, por gentes que conocen el

campo sólo a través de sus viajes de turismo y creen comprenderlo porque han ido alguna vez a la Semana Criolla.

LO QUE LA MISION ENSENO

Los misioneros se encontraron frente a una realidad que se expresaba por sí sola con irrefutable elocuencia. Aprendieron allí de golpe, brutal pero eficazmente, las contradicciones de nuestro mundo económico. Entre vacas y sin carne ni leche; entre ovejas y muriendo de frío; en el campo y sin agua. Con la escuela próxima y no pudiendo ir a ella por falta de ropa. Aprendieron a ver que los niños van con tónicas y hasta con corbata a la escuela, pese a que no tengan calzado alguno. Aprendieron a ver que hay gente que no conoce el Himno Nacional y hasta encontraron adultos que no conocían la moneda de uso corriente.

Aprendieron también que la escuela debe hacer otras cosas, antes que enseñar a leer y escribir. Y vieron que hay sociedades para las cuales la organización de la familia no existe y el casamiento no es otra cosa que un lujo. Y como lo aprendieron mediante el tradicional y eficaz método de "la letra con sangre entra", la experiencia fué para ellos doblemente fructífera.

Vueltos de allá se han enfrascado en estudios sobre reforma agraria, organización agrícola, etc. Muchos de ellos fueron hasta ayer, tal vez despreocupados o displicentes; pero han venido con el fervor de conocer y estudiar los problemas del país, como si fueran cosa propia.

Han comprendido también que necesitaban de una preparación especial para setuar en el campo. Se han sentido más de una vez indefensos y sin armas para resolver las más simples dificultades que les ofreció el ambiente; se han sentido aislados —por diferencia de niveles mentales— con los habitantes del lugar y todo eso les ha enseñado más, para ubicarse en el problema de la función social del maestro, que todos los libros que puedan leer.

¿Cuántos de ellos, allí, reían de buena gana, recordando que en el Congreso de Escuela Rural estuvimos cuatro o cinco días discutiendo si la escuela rural debía ser distinta de la urbana o si debían ser iguales!

Estuvieron pocos días, pero aprendieron muchas cosas. Y no de las de simple información, sino de esas que, al decir de los pedagogos, entran a formar parte integral de la personalidad.

Por eso es que hoy se sienten distintos y tal vez, —y sin tal vez— mejores que ayer.

LO QUE DEJARON ALLA

Junto con algunos elementos de su concepto apriori del campo y de la vida campesina, que la realidad se encargó de rectificar, dejaron algunas cosas más. Por ejemplo, llevaron una fugaz y sana alegría y un contagioso optimismo propio de la juventud. Además, por primera vez, enseñaron a las gentes que puede haber solidaridad humana y reunión, sin pedir el voto.

De esto las gentes se asombraban primero. Luego comprendían. Estamos seguros que nos comprendió más el pobrerío que la gente selecta. A ésta la defraudamos en parte; por lo menos nos vinimos todos con esa convicción. A los otros no.

Algunos nos ha dicho con razón que tal vez sólo hemos ahondado la decepción y el sentido de derrota de aquellas gentes, mostrándoles lo que ellos no podrán gozar.

Y que nuestra acción cultural se perderá dentro de ocho días. Todo eso, desgraciadamente, es cierto.

Pero creemos, primero, que hay que crear el resentimiento, que es en el fondo la aspiración a algo mejor, para que haya posibilidad de redención y, segundo, que hemos demostrado que si las misiones se realizasen a menudo la acción de éstas no sería ineficaz ni se perdería por el aislamiento y el olvido.

Además hicimos reír a las gentes, les mostramos cosas que no habían visto nunca; les mostramos una clase rara de seres humanos que los reunían y los visitaban para no pedirles nada. Y eso es algo.

OBSERVACIONES DE CARACTER SOCIAL

Los muchachos pudieron apreciar la conformidad de las gentes con su destino. Nadie se queja, porque están acostumbrados. El que se queja es porque aprendió a hacerlo, en otro lado. El que pone en la mente del habitante del rancharío un propósito de militancia social, hace literatura. La característica más saliente, en este caso es la aceptación sin protestas de su destino.

Otro hecho es éste: la gente ya está prostituida con los repartos. Ya todo le esperan de éstos y chicos y grandes son maestros en el arte de pedir. Parece mentira que niños de cuatro o seis años tímidos y huidizos, supieran usar de las mentiras y los subterfugios con tanta habilidad, cuando se trataba de obtener algún beneficio.

Y nada digamos de los grandes. Otro hecho: los adultos ya no tienen posibilidades de redención. En general son gentes que será muy difícil lograr de ellos hábitos de trabajo que permitan la estructuración de una vida sobre otros fundamentos. Pero lo que puede ser inútil con los grandes es imprescindible y urgente hacerlo con los pequeños. Y eso exige la creación de un plan educacional distinto del que se sigue. Las escuelas rurales de los rancheros deberán ser de internado, de modo que los niños vivan el mayor tiempo posible lejos de sus familiares y en ambiente distinto al de sus casas. Sería el modo de lograr una profilaxis social eficaz.

Sorprendió también a los misioneros el hecho de que las exigencias de la vida se resolvieran siguiendo este esquema: primero los hombres; después las mujeres, después los niños. La miseria es mayor en estos últimos. Se ve que ellos son los últimos a considerar.

PROBLEMAS DE ORDEN ECONOMICO

En la mejor zona papera del país, la papa no puede plantarse casi, por la carestía de los fletes y por la carestía de la semilla. Además los habitantes de los ranchos generalmente no tienen más que un pequeño solar; de modo que la producción agrícola es muy limitada.

No crían animales; de ahí que no tengan leche. No se ve siquiera gallinas. No se ve, tampoco, una herramienta de labor.

El maíz se cosecha y se guarda, en espigas, en los dormitorios. De él comen, —mazorra generalmente, o "locro"— las personas. Algunos bonitos complementan las provisiones que podemos ver.

Los hombres generalmente trabajan fuera: en "changas"; en las estancias donde no rige ni el salario mínimo ni el descanso semanal; en las montañas del Rio Negro —aprovechamiento de los montes donde se hará el embalse— y en estas ganan alrededor de \$ 1.20 y en estas ganan alrededor de \$ 1.20 por día "secos", es decir, de jornal sin comida. Calculamos que, cuando de tiempo en tiempo vienen de allá —que queda a muchas leguas— no traen nada o casi nada al rancho pues el jornal apenas les da para mantenerse ellos.

Algun lavado, algún baile "pa rebuscarse" —como nos explicara uno— completan las posibilidades económicas.

—oOo—

El asunto daría para mucho más. Creemos sin embargo que debemos dejarlo aquí para no resultar pesada a la insistencia. Dos palabras solamente nos restan y es decir que no fuimos a "descubrir" la miseria tan lejos; que ya sabemos, por dolorosa experiencia, que está en otros lados. Y —para contestar al Dr. Cáceres Bria, que escribió un artículo sin desperdicio en "La Mañana"—, que no tenemos preconceptos, ni militancias, para decir lo que vimos, y que es inadmisibles que en 1965 se justifique la existencia por la miseria llevada a tal extremo por las diferencias individuales que anexa el Dr. Irureta Goyena en la conferencia pronunciada en los últimos tiempos.

J. C.